

Sociología: entre la inherente inmadurez y la pos-disciplina

Paulina Perla Aronson

Instituto de Investigaciones Gino Germani

Facultad de Ciencias Sociales – UBA

Introducción

La presente comunicación, más indicativa que exhaustiva, se propone explorar los supuestos que dan forma a la tesis según la cual el patrimonio conceptual de las ciencias sociales se encuentra en un proceso de evidente decadencia. Las razones que se aducen hacen hincapié en el desajuste entre las nociones clásicas y las transformaciones contemporáneas suscitadas por el redimensionamiento del tiempo y el espacio, la nueva relación entre lo público y lo privado y la reorganización de las relaciones sociales en torno a la información, el conocimiento y la comunicación. Se afirma que tales procesos desnaturalizan los conceptos conocidos, aunque para subsanar cierto agotamiento explicativo se recurre a la adición de prefijos o de calificativos, añadidos justamente a aquello de lo que se vaticina su extinción. Un dato fundamental es la continua utilización de la noción de crisis, como si el estadio por el que transita la modernidad en las últimas décadas descubriera el secreto de desequilibrios y dilemas nunca antes manifestados. Claro está que las transformaciones actuales no son idénticas a las anteriores, pero la modernidad –ante todo, desde siempre, y en lo más profundo de su condición– es portadora de «[...] crisis de valores, de razones, relatos sustentadores del vivir, conocimientos fundantes» (Casullo, 2004: 19). Si desde su origen sufrió el envite de los mismos procesos que activó, vale interrogarse sobre la especificidad de las dificultades teóricas, epistemológicas y metodológicas que configuran actualmente a la sociología, uno de los productos más conspicuos de la modernidad. Resulta evidente que el tono general de su desarrollo se ordena en torno de la crisis, un problema que la penetra desde muy temprano y que marca su trayectoria en cuanto disciplina.

Cuando la globalización no formaba parte del vocabulario de las ciencias sociales, cuando todavía no se la pensaba como causa eficiente del conjunto de cambios experimentados por el capitalismo en las tres últimas décadas, ya abundaban las explicaciones acerca del atraso relativo de los paradigmas sociológicos. En 1959, en plena Guerra Fría, Charles Wright Mills afirmaba que el mundo transitaba una época caracterizada por el superdesarrollo y la creciente centralización de los medios económicos de producción; por tanto, se encontraba en el punto culminante de su

desenvolvimiento económico, político y coercitivo, un momento al que podía calificarse de posmoderno (1986a). En tal sentido, indicaba que el liberalismo y el marxismo, corrientes surgidas de la Ilustración, compartían el criterio de que la racionalización creciente era condición de posibilidad de la libertad (1986a). Sin embargo, remarcaba que su concepción de la política y de la cultura era reflejo de un modo de reflexión acerca de sociedades que ya no existían, particularmente porque el advenimiento de la Cuarta Época (consecutiva de la Edad Antigua, la Edad Media y la Edad Moderna) se erigía en un ámbito en el que las definiciones básicas de la sociedad y del yo estaban siendo rebasadas por nuevas realidades nuevas (Wright Mills, 1986b). En la misma dirección, y en el clima de ideas activado por el movimiento estudiantil de 1968, Alain Touraine (1969) señalaba que la sociología había renunciado a debatir el problema fundamental acerca de si el instrumental acumulado resultaba útil para dar cuenta de los nuevos determinantes del crecimiento, las nuevas clases sociales, las nuevas luchas y los nuevos modelos de acción social y cultural. Desde luego, la conclusión se perfiló en términos de las limitaciones conceptuales de la sociología para analizar las contradicciones entre tecnocracia y creación personal y colectiva, entre coacciones sociales y contestación. Tom Bottomore afirmaba en 1974 que la crisis de la disciplina era más profunda que las anteriores ya que exteriorizaba la incapacidad para adaptar su aparato conceptual al rápido flujo de acontecimientos y a la aparición de nuevos problemas (1982). A la crisis cultural general se sumaba la crisis teórica de la esfera intelectual que, especialmente en el campo sociológico, omitía la redefinición de los conceptos de universalidad y localismo e ignoraba el surgimiento de “culturas extranjeras”; vale decir, la aparición de problemáticas nacionales con rasgos propios que no toleraban la aplicación de instrumentos diseñados desde el exterior, particularmente desde Europa y los Estados Unidos. Las transformaciones reales y complejas, asociadas a la reevaluación de las ideas sociológicas, otorgaban a la disciplina un carácter contencioso, incierto y confuso, aunque todavía podía aportar a la comprensión de los avatares de un mundo en transición.

Refiriéndose a la fase de predominio del estructural-funcionalismo parsoniano, Alvin Gouldner (2000) vaticinaba el advenimiento de una crisis que no podría resolverse mientras persistiera el atrincheramiento de los teóricos en sus propias teorías y mientras continuara la confusión entre hechos empíricos y experiencia personal. El tratamiento de los sucesos como entidades no problemáticas, junto con la confianza en el carácter incuestionable de la observación, excluía la validación de lo observado y

limitaba la interpretación al significado de lo vivido, superponiendo cuestiones morales y empíricas. La crisis de la que hablaba el autor a comienzos de los 70, se basaba en la ausencia de reflexividad y en la renuncia al auto-examen de las creencias del sociólogo, asunto que no constituía el hábito corriente de los cultores de la disciplina. La proclama de arribar a la verdad no era sino la voluntad de conocer la verdad de otros distintos y ajenos, como si fuesen meros objetos de observación susceptibles de entenderse a través de técnicas y procedimientos de carácter superior. En la medida en que el conocimiento se hiciera equivar a información, la sociología perpetuaría su provincialismo cosificador concerniente a los demás y demoraría la autoconciencia en cuanto coraje y pasión, y no tanto como talento y objetividad. A esa operación se la llamó “sociología de la sociología”, expresión que dio título a un texto de Robert Friedrichs, quien en la misma época afirmaba que la crisis de la sociología se debía a la incapacidad para tender puentes entre dos modos de concebir el conocimiento: el profético, comprometido con el conflicto, y el sacerdotal, implicado con el funcionamiento ordenado del sistema¹. Sólo a través de la conversación entre ambos, mediada por la dialéctica una vez descargada de contenidos ideológicos, podría arribarse a un perfil testimonial en el que el sociólogo y la sociología fueran los encargados de testificar sobre «[...] el diálogo profundamente social que es el hombre» (Friedrichs, 1977: 327).

Curiosamente, pese a la vivacidad de los debates que agitaron a la sociología a partir de 1960, las críticas contemporáneas proceden como si sus propios señalamientos constituyeran una innovación. Se afirma que los paradigmas sociológicos son herederos de sus contextos de producción, con lo que los conceptos que forman parte del acervo de la disciplina resultan inapropiados para entender otra cosa que no sea la realidad en la que fueron acuñados. La forma radicalmente distinta adquirida por el mundo no puede analizarse con las codificaciones tradicionales (Ferreira, 2007), por lo que el *corpus* clásico se convierte en una fuente de equívocos: por un lado, apega a los científicos sociales a investigaciones empíricas arcaicas; por otro, obstaculiza el entendimiento acerca de que la contemporaneidad no tolera monólogos basados en teorías totalizantes (Alarcón, 2001), lo que determina que las verdades concebidas en un espacio y un tiempo determinados dejen de funcionar, precisamente porque dichas

¹ El primero descansa en una misión intelectual fundada en la crítica social, y en una concepción de la naturaleza del objeto de estudio afincada en lo intrasubjetivo; el segundo, en cambio, elabora respuestas a la problemática de lo intersubjetivo y tiende a la especialización técnica y a cierto descuido acerca de los alcances prácticos de la profesión (Friedrichs, 1977: 78 y 327).

coordinadas se han modificado (Wallerstein, 2004, Pérez-Agote, 1996). El cuadro así diseñado deriva del supuesto –más apegado al desarrollo institucional de la disciplina que a su aliento creativo– de que la ciencia social ha sido siempre igual a sí misma, y que las condiciones de posibilidad del conocimiento han permanecido invariables. Luego, el recurso a la tríada de pensadores clásicos, constituye una prueba de inmadurez, problema largamente debatido durante el siglo XX.

En 1945, Parsons afirmaba que la sociología no había logrado alcanzar el estatus de ciencia madura pues no contaba con un sistema teórico integrado que dirigiera las actividades y que gozara del consenso suficiente como para orientar la realización de investigaciones concretas (1967). Poco después, Merton indicaba que debía evitarse la inflexibilidad de teorías que tenían sentido cuando se formularon, pero que habían sido superadas por exploraciones ulteriores más adecuadas (1992). A su juicio, y en comparación con las ciencias físicas y biológicas, las ciencias sociales no procedían mediante la agregación de lo acumulado en el pasado, con lo que el proceso de “superación por incorporación” era poco corriente. Weber postula que el planteamiento de problemas depende de las transformaciones culturales, de modo que la relación entre el concepto y lo conceptuado está atada a la “transitoriedad” y a una clase de progreso que resulta afín tanto al desarrollo pasado del aparato conceptual como a la continua transformación de las nociones construidas en el presente (Weber, 1982). El hecho de que la ciencia se encuentre inmersa en la corriente del progreso y que sus hallazgos queden anticuados en plazos cada vez más breves, no comporta la pérdida de sentido de la actividad ni exige la formulación de nuevas teorías abarcativas y concluyentes (Weber, 1998). Para Weber, las ciencias históricas poseen una particularidad: la “eterna juventud”, el planteamiento de problemas siempre nuevos en virtud de su fuerte conexión con el constante progreso de la cultura (1982). Eso equivale no sólo a una constante renovación conceptual, sino a una ida y vuelta permanente respecto de lo ya descubierto. Toda construcción de síntesis conceptuales invoca las nociones disponibles en la época; lo que varía, entonces, es el género de relaciones que se establecen entre ellas, de forma tal que la historia de estas ciencias da la pauta de una incesante alternancia entre el empeño por ordenar conceptualmente la realidad, la voluntad de construir cuadros para captarla y el afán de ampliar y desplazar el horizonte a través de la formación de nuevos conceptos sobre las bases así transformadas. Aunque sujeto al flujo del cambio, el suelo sobre el que descansan las ciencias sociales constituye una plataforma con la cual se dialoga permanentemente. Pese a que las referencias empíricas

e históricas se alteran continuamente, y aun considerando la historicidad del conocimiento sociológico, una de las diferencias fundamentales con las ciencias naturales, radica menos en derribar que en reconstruir el edificio conceptual.

Debilitamiento del concepto de sociedad

Comenzar por la idea de sociedad encuentra justificación en que su caída arrastra los conceptos de modernidad, orden social, Estado-Nación, frontera, socialización, institucionalización, cambio y dominación (Dubet, 1996). Para ilustrar un proceso tan abarcativo como intenso se utilizan expresiones tales como “ocaso”, “obsolescencia”, “eclipse”, “ruptura”, “estallido”, “mutación”, “decadencia”, y muchas otras que buscan informar sobre la necesidad de desembarazarse de alusiones a la unidad y la homogeneidad, la integración y la institucionalización social. Se dice que el concepto de sociedad es abstracto, ya que lo que efectivamente ostenta entidad concreta es el Estado-Nación con el cual se lo hace coincidir. La identificación entre ambos desconoce que el acoplamiento entre economía, cultura e institución estatal se desarticula ante nuestros ojos, con lo que despoja de su objeto a la sociología. Mientras la sociedad nacional se convierte en provincia, el territorio y la frontera se vuelven precarios (Ianni, 2005), de modo que si la reflexión sobre la sociedad nacional en la que se fundó el paradigma clásico es anacrónica, la acumulación de conocimientos en esa dirección se juzga igualmente improcedente (Ianni, 1996). Por tanto, se conmina a revisar el perfil universalista de la sociología construido a la medida de la ubicuidad del Estado-Nación, y a reconocer que esa figura entraña una doble reducción: «El lado estatista (...) se expresaría en la seducción que el poder del Estado habría ejercido en los sociólogos clásicos», mientras lo nacional «[...] sería una especie de punto ciego en la obra de los primeros sociólogos (...) que hace de lo nacional el supuesto fundante de la disciplina» (Chernilo, 2008: 179). En consecuencia, urge descifrar el ambiente creado por la pérdida de nitidez de las fronteras y la dilución de la idea de un núcleo endógeno donde se toman decisiones. Autonomizadas de ese centro, las identidades y adscripciones de los actores se ordenan en torno a la acción social en cuanto referente básico, por lo que la teoría sociológica se halla forzada a generar un nuevo esquema que articule las dimensiones culturales, económicas, sociales y políticas sin apelar a la correspondencia y a la dependencia de unas respecto de las otras.

Ante la creciente movilidad geográfica y social, la extensividad de los mensajes publicitarios y la ampliación de la participación política, la sociedad se constituye

alrededor del conocimiento y de la capacidad social para «crear creatividad» (Touraine, 1969: 7)², lo que dificulta advertir las especificidades nacionales en un mundo gobernado por megatendencias que vuelven obsoletos los mapas simbólicos e ideológicos, tanto como los territoriales (Calderón y Lechner, 1998: 53). Si el Estado-Nación de la modernidad operó como espacio de realización de lo universal, en el presente ha mutado hacia la expresión de lo particular, perdiendo con ello su condición de demiurgo, de centro irradiador del sentido colectivo (Ortiz, 2005). En ese entorno, la propiedad privada, fundamento del industrialismo asentado en la producción, el trabajo y la política (Garretón, 2004), ya no asigna posiciones; su lugar es ocupado por el conocimiento, y la universidad se sitúa en el núcleo institucional de la sociedad. La importancia adquirida por la capa de especialistas, administradores, técnicos, científicos y educadores se traduce en el valor atribuido a las instituciones de educación superior y a su personal, recursos estratégicos tanto para el Estado como para el empresariado que ven en ellos la garantía del principio de movilidad individual ascendente (Wallerstein, 1988). Si durante dos siglos pudo hablarse de la sociedad como el campo de convergencia de la economía, la política, la cultura y la estructura social, hoy tal correspondencia –sea que se llame adecuación funcional, tensión, contradicción o conflicto– ha sido arrasada por la comunicación y el consumo. La fábrica y el partido, los lugares modernos de reunión, son sustituidos por espacios creados por los medios de comunicación donde se dirimen temáticas que interesan a totalidades no totales (Garretón, 2004). El sitio heterogéneo donde obreros y capataces, ingenieros y patrones convivían conflictivamente, se ha vaciado (Cohen, 2007) dando paso a un hedonismo que cancela la confianza en la capacidad liberadora del futuro, del progreso y la emancipación. Los distintos niveles organizativos de la sociedad conducen por su propia lógica a la fragmentación de la vida en cuanto totalidad (Picó, 1998) e instituyen un escenario nuevo atravesado por la manipulación y la integración que reducen el conflicto y cambian su naturaleza: si antes enfrentaba al capital con el trabajo, ahora los aparatos tecnocráticos de decisión económica y política someten a los actores a una participación dependiente que coloca en primer plano los aspectos sociales y culturales, mucho más que los económicos.

² Como se señaló anteriormente, las tempranas observaciones de Touraine acerca del nuevo formato de la sociedad están impregnadas por los acontecimientos del mayo francés (1968) y por el papel de la universidad. En ese contexto, el conocimiento se convierte –según el autor– en fuente esencial de la reproducción económica y social (1969: 102).

De esta suerte, se insiste en que la sociedad deja de concebirse como fuente de valores en el sentido de que lo bueno es lo que resulta útil a la totalidad, a la integración y a la eficacia; tampoco ejerce el papel de sustituto de la divinidad, y en el mismo movimiento pierde su cualidad de operar como principio de explicación y evaluación de las conductas (Touraine, 1993). Los ejes de adquisición y universalismo propios de la modernidad quedan arrinconados por la emergencia de sincretismos particularizantes y globalizados, adscriptivos y adquisitivos (Garretón, 2004), de la cual surge un nuevo tipo societal en cuyos límites la situación ocupacional corta amarras con los medios de producción y con las ideologías políticas. Categorías antes consideradas simples datos geodemográficos o circunstancias puramente subjetivas y privadas, pasan al primer plano, en consonancia con el estallido de algunos principios como la autoridad y en paralelo con la creencia de que el mundo social no está regido por la economía, sino que «[...] la economía ha vuelto a ser un fenómeno social», (Touraine, 1986: 127).

La modernidad descalificada (y también la sociología)

Los motivos que se aducen para postular el agotamiento de la modernidad descansan en la impugnación de los sueños de un proyecto racionalizador del mundo capaz de fundar valores, saberes y certezas. Lo que se desploma son los relatos basados en la creencia sobre el surgimiento de una edad civilizatoria completamente nueva dispuesta a trocar sometimiento por emancipación, estancamiento y retraso por progreso indefinido y explicación religiosa del mundo por verdades científicas. A la par, se derrumba la voluntad de erigir a la razón en código de la organización social y política, precipitando el hundimiento del ideal de construcción del mundo a partir de la autoconciencia histórica del sujeto y al ritmo del avance de la ciencia (Casullo, 2004).

La común filiación entre modernidad y sociología determina su mutua declinación. Y pese a que la preferencia por las rupturas y el concomitante rechazo por las continuidades implica cierto desprecio de la historia, no resulta conveniente reinventar un discurso de la modernidad, sino «[...] diagnosticar (...) el virtual eclipse de dichas fuerzas dentro del presente actual» (Jameson, 2004: 179). Para evitar la crónica de hechos desnudos y acontecimientos inconexos en la forma del registro, para recuperar la historicidad de los procesos y para aprehender la modernidad no como concepto sino como categoría narrativa, resulta más provechoso prestar atención al capitalismo, de

modo de relegar viejos problemas y producir otros nuevos y más interesantes³. Luego, la sociología ligada a la gran narrativa de la modernidad, manifiesta un trascendentalismo que confía en su idoneidad para desvelar el secreto de la historia e instaura una concepción causal y teleológica cercana al poema épico, pues toma partido por uno de los protagonistas en detrimento de los otros (Fehér, 1989). Con ello, formaliza una suerte de periplo desde el pasado que se vale de imágenes casi míticas, como la racionalización, la secularización y la modernización (Brunner, 2005).

En síntesis, el marco analítico utilizado por numerosos autores del campo de las ciencias sociales y humanas, alude al quebranto del horizonte clásico por efecto de causas diversas: algunos, consideran que se debe a la multiplicación de discursos culturales, sobre todo a la manifestación pública de muchos hasta ahora minoritarios; otros juzgan que se trata de la desintegración de la visión unitaria de Occidente como consecuencia de la diferenciación y autonomización de la ciencia, la moral y la estética, cuyos efectos se exteriorizan en patologías que distorsionan el objetivo emancipador; hay también quienes creen que si existe algo asimilable a la posmodernidad, tal proceso debería contribuir a aclarar ideológicamente que el capitalismo ya no es lo que era, que la nueva formación social no responde a la caracterización clásica (Picó, 1998); y finalmente, sin que ello implique agotar la variedad de perspectivas, otros afirman “estar en un después” en sí mismo subversivo, que se rebela contra toda sacralización, contra toda autoridad y toda sumisión a mensajes canónicos de cualquier tipo (Fehér, 1989).

El reconocimiento del alcance y penetración de los cambios incluye el deber de admitir que el anclaje sobre los precursores ha tendido a la repetición, o en su defecto, a la cuantificación de la realidad. En vista de su vocación “sinfónica”, comprometida con el despliegue de la modernidad, la sociología sigue aferrada a sus antepasados: habla bien de hombres muertos, pero no se ocupa de hombres vivos (Brunner, 2005). Por eso, se alega que si la sociología «[...] no quiere transformarse en una pieza de museo con relevancia sólo para quien se interese en la historia de las ideas», está obligada a repensar en qué consiste y qué aspectos debe reformular (Chernilo, 2008: 166). Particularmente, debe abrirse a los nuevos acontecimientos, a las preguntas que formula

³ Para fundamentar su propuesta, Jameson elabora una “ontología del presente”, y afirma que conviene acostumbrarse «[...] a pensar en “lo moderno” como un concepto (o pseudo concepto) unidimensional que no tiene nada de historicidad o futuridad» (2004: 180), lo que equivale a entender lo “posmoderno” como algo que no designa el futuro sino el presente. Por su parte, la apelación a lo “no moderno” desemboca inevitablemente en lo “premoderno”, con lo cual se lo incluye en un presente global que sólo puede explicarse a través de «[...] arqueologías del futuro, no pronósticos del pasado» (Ibíd.).

la sociedad posmoderna, interrogantes que por frívolos desafían la seriedad clásica y ponen en cuestión los fundamentos de su historia (Brunner, 2005).

Al rescate de la modernidad (y con ello de la sociología)

Aun criticándola, algunos estudiosos reivindican la modernidad, pero intentan reformular la pretensión de racionalizarlo todo, tanto el gobierno de las cosas como el gobierno de los hombres (Touraine, 1993). Cuestionan el sustrato ideológico que buscó imponer el criterio de transparencia científica a la sociedad misma e impugnan, la emergencia de cierto “sociologismo” cuyo perfil negativo derivó en la ausencia de una definición acerca de la cultura y de la sociedad: al reducirse a la oposición entre lo tradicional y lo moderno, dejó de lado los mecanismos de funcionamiento de la nueva sociedad y se abocó a las antítesis comunidad-sociedad, solidaridad mecánica-solidaridad orgánica, adscripción y logro, variables-pautas y holismo e individualismo. Si la fuerza motriz de la modernidad radicaba en la razón, entonces su dinamismo no podía imputarse a una clase o a una categoría social, sino a un agente propiamente endógeno que cancelaba la voluntad de los sujetos, fueran éstos grupos dirigentes, revoluciones populares o déspotas ilustrados, postulado que la historia se ocupó de desmentir. En virtud de que la racionalización creciente no garantizó más libertad, y dado que el avance de la ciencia y de la técnica no supuso el hundimiento de los mitos, los fraudes y las supersticiones, la maquinaria racional se limitó a reproducir el predominio del comercio y la fetichización del mercado (Wright Mills, 1986a).

Por consiguiente, la recuperación de la modernidad demanda una revisión que la desligue de su identificación con la modernización capitalista, tan unida a la autonomía del campo económico, y la reinterprete como la correspondencia equilibrada entre razón y sujeto, ciencia y libertad (Touraine, 1993). La tarea, por cierto difícil ya que la sociedad de consumo estrecha los márgenes para la recuperación de esos valores, consiste en resituarlos en el centro de interés de la investigación, en aras de desmontar el modelo del “robot alegre”, un hombre con racionalidad pero desprovisto de razón (Wright Mills, 1986a y 1986b). Se trata de recuperar la promesa moral e intelectual de las ciencias sociales y de retomar los principios conducentes a la estructuración de un espacio en el que las elecciones personales se amplíen y la historia se realice democráticamente (Wright Mills, 1986b). Dado que la modernidad mantiene un vínculo profundo con lo clásico, y aun considerando su orientación hacia lo nuevo y que la novedad se halla sujeta a una rápida obsolescencia (Habermas, 2004), el diálogo con la

tradicción no se interrumpe: se encuentra en continua tensión con su normatividad y procura que la objetividad científica, la moral, la ley y el arte corten definitivamente los lazos con el esoterismo tradicional. A pesar de que se obliga a obtener los criterios normativos de sí misma, su condición de proyecto incompleto radica en que aun resta limitar al sistema económico, de modo de impedir que su lógica y sus imperativos colonicen el mundo de vida. En una fase histórica que obtura esa posibilidad, que instaura un policentrismo competitivo entre esferas e imposibilita la formación de una totalidad estable, la sociedad adquiere la forma de una red (Habermas, 2008) cuya fuerza reside en los recursos que otorgan los mundos de vida. Ese núcleo duro, depositario de ímpetus todavía realizables, guarda energías suficientes como para reestructurar la modernidad. Siguiendo la senda de Marx –cuyos mojonos advierten sobre el fin de los prejuicios y de las relaciones fijas, en consonancia con la expansión de nuevos vínculos que se cosifican aceleradamente–, las posturas abiertas de los pensadores del siglo XIX invitan a restituir sus ideas y sus críticas. Debido a que «[...] nos encontramos en el centro de una época moderna que perdió contacto con las raíces de su propia modernidad» (Berman, 2004: 89), corresponde volver sobre sus máximas y realizar con ellas una síntesis dialéctica que construya una modernidad más plena y libre que la conocida hasta ahora.

Desde un ángulo que subraya la precaria comprensión de la modernidad por parte de las ciencias sociales, se indica que los errores de interpretación obedecen al predominio de concepciones evolutivas de la historia y de principios teleológicos unificadores que conducen a una finalidad previsible. Para evitar equivocaciones, vale apreciarla como la radicalización de sus consecuencias, una universalización nunca antes conocida que se separa definitivamente de los usos y costumbres del orden tradicional (Giddens, 1994) y hace más complejos y problemáticos los vínculos entre sociología e instituciones modernas (Giddens, 1995). En vez de subrayar el advenimiento de una era posmoderna, posindustrial o poscapitalista, en vez de perseverar en la viabilidad de un conocimiento generalizable acerca de la vida social y el desarrollo, cabe reparar en la naturaleza de las discontinuidades modernas, condición previa para discernir su especificidad. Ello equivale a replantear la categoría de modernidad, atender a la profunda alteración que produce sobre la cotidianeidad y las condiciones personales de la experiencia, y reelaborar los cánones del análisis sociológico atendiendo a los nuevos mecanismos de identidad generados por las relaciones entre tendencias universalizadoras y disposiciones personales; esto es, centrarse en el plano institucional para captar la índole

postradicional de un proceso que crea más incertidumbres que certezas⁴. Es aquí donde la sociología interviene con sus conceptos y teorías, pues la investigación no permanece al margen del mundo social que describe, sino que modela el conocimiento de sentido común y aporta al repertorio cotidiano (Giddens, 2000). Así, siguen en pie las contribuciones que puede realizar a la materialización en actuaciones políticas y a la comprensión de las consecuencias de dichos desempeños.

En otras palabras, el proyecto de la modernidad merece rehabilitarse, recuperando críticamente las iniciativas intelectuales de quienes desde muy temprano comprendieron la naturaleza y perpetuidad de las crisis que lo atraviesan. La modernidad resignificada tiene que poner a dialogar los términos de la tensión constitutiva entre razón y sujeto, cuidando de no repetir ciertos procedimientos que dieron forma a los totalitarismos y otras lacras que acompañaron su desarrollo, pensándola no como punto de llegada de una transformación revocatoria de los abusos e injusticias de la sociedad tradicional, sino como un sueño en el que la libertad, la igualdad y la prosperidad constituyan plataformas a custodiar en el presente y en el futuro, despojándolas de fantasías y expectativas mesiánicas. Luego, a la sociología le cabe el nada desdeñable cometido de asumirse no tanto como ciencia de la sociedad, sino como ciencia de la crisis (Ferrarotti, 1982), redescubrirse como un conocimiento en permanente tensión, una empresa humana a la que le corresponde sellar sólidos compromisos cognoscitivos y conceptuales. Si como muchos afirman, efectivamente experimenta un colapso nunca antes conocido, entonces su supuesta refundación debe buscarse en sus raíces no metafísicas, no cosmológicas, en la reelaboración de herramientas analíticas que no renuncien a la racionalidad científica, pero que contemplen la estrecha relación entre teoría y experiencia social (Beck, 1998).

Conclusiones

En las observaciones críticas revisadas, resaltan ciertos sesgos interpretativos que pueden agruparse en dos niveles problemáticos. El primero, refiere al descuido del carácter controversial de la sociología, que con unas pocas excepciones históricas, la atravesó desde muy temprano. Ello supuso la elaboración de conceptos y metodologías acordes con las transformaciones sociales de las que fueron testigos los pensadores del

⁴ Al respecto, Giddens afirma que «la modernidad institucionaliza el principio de la duda radical y recalca que todo conocimiento adopta la forma de hipótesis, de afirmaciones que pueden muy bien ser ciertas, pero que en principio son siempre susceptibles de revisión y pueden ser abandonadas en algún momento» (1995: 11).

período fundacional, a lo que se suman los numerosos diagnósticos sobre la fragmentación moderna en términos de crisis real y crisis conceptual. Como se intentó mostrar, el pensamiento disciplinar acredita profundas y variadas discusiones acerca de su objeto de estudio, de sus herramientas, de su capacidad para seguir el ritmo del cambio social y para autorreflexionar sobre sus definiciones básicas. Ciertamente, existieron períodos en los que predominó una visión dispuesta a tomar como modelo las presuntas bondades organizativas de los países industriales, lo que introdujo la universalización de nociones que no resultaban apropiadas para captar la especificidad de culturas ajenas. También es innegable que la sociología estuvo sacudida por la tensión casi irresoluble entre el modo profético y el sacerdotal; que los sociólogos clásicos se fascinaron ante el poder de atracción del Estado; que la racionalidad –en cuanto principio ordenador– fue para ellos medio y resultado del surgimiento de una época imbuida de valores como la emancipación, la superación continua y la definitiva retirada de las explicaciones religiosas del mundo. Sin embargo, y de una manera similar, el pasaje desde la solidez a la fragilidad, desde la nitidez a la ambigüedad y desde el universalismo al particularismo, ejerce una nueva seducción tan atrayente como la anterior. En términos generales, se verifica una tendencia simplificadora de la riqueza y variedad de la corriente sociológica clásica. Valiéndose de un esquema construido con cierto grado de arbitrariedad, se olvida, o al menos se ensombrece, el diagnóstico de la fragmentación moderna elaborado por numerosos autores. Resulta inexplicable que la tesis sobre el desvanecimiento de la historia dirigida a una finalidad precisa desconozca –o considere secundariamente– la existencia de reflexiones que precozmente individualizaron el problema⁵.

Si como se afirma, los enfoques nomotéticos e ideográficos ya no tienen nada que decir, si el edificio conceptual se desmorona ante nuestros ojos, si la sociología –que estudia el sistema más complejo de todos– resulta ser la “reina de las ciencias” por ser la más difícil, entonces su necesidad de enunciar un mensaje universal y ser el escenario del que se extraerán «[...] en adelante las verdades epistemológicas de la ciencia (incluso de las ciencias naturales)» (Wallerstein, 2001: 190), la convierte nuevamente en la última y más grande de todas las ciencias, tal como afirmaba Comte en el siglo XIX. Cuando el pensador francés reflexionaba sobre la nueva disciplina, tenía en mente

⁵ El ejemplo más connotado procede del pensamiento de Weber, quien esclarece dicho proceso a través de su idea de politeísmo valorativo situado en el corazón mismo de la modernidad.

un perfil inclusivo e integrador, un horizonte conformado por el conjunto cohesionado de resultados. Hoy, se plantea algo parecido: la recuperación por parte de la sociología de un “papel estelar”, en el contexto de un mundo único de saber que reúna humanidad y naturaleza, filosofía y ciencia, búsqueda de la verdad y búsqueda de lo bueno. Lo que se pretende superar es sólo un enfoque entre los muchos que configuran la corriente principal de la sociología, aquel que como se apunta razonablemente, sirvió de soporte a una concepción de cuño aristocrático que en vez de orientarse a un pasado de nobleza heredada, se dirigió a un presente meritocrático también jerárquico, pero pretendidamente igualitario, y sustentado en la adquisición de nuevas ventajas signadas por realizaciones individuales. El *ethos* científico universalizante del que se habla, construido en torno al progreso y la racionalidad crecientes, y que según se informa impregna todas las ciencias sociales, efectivamente refleja más preferencias normativas que afirmaciones sobre la realidad empírica (Wallerstein, 2001). Con todo, el saber científico que se defiende propicia una nueva unicidad, para cuya concreción se llama a trasponer los límites del arquetipo newtoniano y proyectar una empresa que se nutra de los hallazgos de la física y de la química; es decir, que admita que la autoorganización de unos cuantos elementos en una estructura compleja puede ocurrir azarosamente, y que así como dichos elementos se organizan pueden muy bien desorganizarse. Dichos procesos, materia de reflexión en el campo de las ciencias naturales, ingresan a las ciencias sociales de la mano de ciertas lecturas del pensamiento de Ilya Prigogine, particularmente porque abonan la premisa de que los equilibrios constituyen fenómenos excepcionales y transitorios (Wallerstein, 2001). Se trata, entonces, de interpretar el universo social, previo abandono de las certezas enunciadas en las leyes generales, y de formular sólo “posibilidades” de realización contingente (Prigogine, 1995). Pero en virtud de que dichas problemáticas atañen a gases y a líquidos, a moléculas y a átomos, al perpetuo y caótico movimiento que los distingue, la perturbación epistemológica de la física y la crítica de sus bases deterministas y lineales suministran las bases para recrear la sociología en términos de restauración de la analogía entre mundo natural y mundo social. Lo mismo que las ciencias naturales y exactas, las ciencias sociales necesitan admitir que «[...] la génesis del sistema mundial en que vivimos (...) es absolutamente aleatoria» (Wallerstein, 2001: 148) y que cualquier regreso al equilibrio, síntoma de liberalismo sociológico, representa un cambio cualitativo que prepara su definitiva defunción. Por ende, se alienta al abandono de la noción de “tendencia” y a su reemplazo por las ideas de fluctuación y bifurcación, a tener claro que la historia no se

dirige a una finalidad precisa, sino que depara transformaciones radicales e indeterminadas cuyo punto de llegada es la complejidad. El elemento a conquistar es la “flecha del tiempo” (Prigogine, 1995), que en circunstancias de incertidumbre, permite descubrir sucesivas bifurcaciones sucesivas acerca de las cuales es intrínsecamente imposible saber de antemano qué camino seguirá. La consideración del tiempo posibilita tomar conciencia de que todo envejece y que las partes del todo se marchitan a lo largo de un proceso de diferenciación (Wallerstein, 2001). Aunque las ciencias sociales se adueñaron tempranamente del concepto, lo que se critica es el hecho de que su dirección se redujo a un mandato dictado por una macroconcepción de la historia. Por tanto, para renovar los conceptos y dirigir la mirada hacia cuestiones desatendidas por los clásicos, se necesita abandonar la división entre conocimiento de lo verdadero y de lo bueno mediante la configuración de un orden nuevo que no está determinado, pero que es determinable (Wallerstein, 2001). De ello se desprende un replanteo del dilema fundacional de la sociología, una ciencia que pretende contribuir al cambio social, pero que sólo puede pensar su objeto de estudio a partir del orden (Pereyra, 1999).

Es posible que como se conjetura la sociología esté cursando una época de desconcierto teórico. No obstante, valerse de los clásicos no implica una regresión secularizante, un enfriamiento teórico ni una idea acerca de la realidad social como algo que apenas cambia (Pérez-Agote, 1996). Tampoco supone una actitud contraria a la historización de los conceptos, ni la ausencia de referencias espacio-temporales relativas a las relaciones sociales. Claro está que la corriente principal de las ciencias sociales abunda en universales, lo que no impide tomarlos como base de conceptualizaciones nuevas: que la mundialización lleve implícita la opacidad por efecto del alejamiento de los centros de decisión, y que la vida cotidiana –precisamente por eso mismo– exhiba rasgos de anomia, no significa que mundialización y anomia hayan surgido de la nada, ni en cuanto procesos ni en cuanto nociones. Para caracterizar el nuevo estadio, no parece haber otro procedimiento que dialogar con el acervo clásico, y hasta impugnarlo. ¿Cómo definir la desaparición de principios éticos universales, el desplazamiento de la razón por la emotividad y la intimidad, la transformación del proceso identitario, el desmantelamiento del Estado-Nación (García Selgas, 1996), si no es a través de un esfuerzo comparativo con el universalismo, la racionalidad, la identidad y el Estado-Nación? El que la realidad contemporánea haya emigrado de los senderos de la modernidad, o que haya llegado al punto de máxima expresión de sus tendencias principales, requiere –como es obvio– el necesario refinamiento del instrumental

analítico, sin que ello retrotraiga la situación a la vieja adecuación de las ciencias sociales al marco categorial de las ciencias naturales, disciplinas que por su espectacular desarrollo parecen seguir constituyendo los modelos a seguir.

Como decía Max Weber, cae de su peso que los descubrimientos científicos envejecen aceleradamente, pese a lo cual la revisión de procesos y criterios no entraña la sustitución de teorías totalizantes por otras nuevas; y menos aun, la posibilidad de fusionar verdad y bondad. La intención, desde luego indispensable, de reformular las nociones de modernización, diferenciación y racionalización, despojándolas de su rigidez originaria para hacerlas más maleables, ¿no constituye el ajuste del discurso sociológico a la plasticidad de un individuo que se disgrega y de una sociedad que se difumina? (Pérez-Agote, 1996); ¿cómo combinar verdad y bien en un mundo donde lo verdadero y lo bueno están sometidos a interpretaciones tan diversas que su sola enunciación resulta impracticable?

Tal como se afirma, la posmodernidad transforma radicalmente la realidad histórica, la teoría y la epistemología: demanda la renovación de modelos ontológicos, metáforas y conceptos a través de un proceso de hibridación, multidisciplinariedad y promiscuidad; esto es, «[...] la asimilación selectiva y crítica de elementos modernos, premodernos y posmodernos» (García Selgas, 1996: 123). Con ello, vuelven a la escena sociológica no sólo las dicotomías generales, sino también la oposición individuo-sociedad en virtud de que la lógica de totalización unificadora disminuye su fortaleza al ritmo de una mundialización anómica que des-individualiza, des-diferencia, des-esencializa, subjetiviza la naturaleza y des-subjetiviza la sociedad. En suma, una ciencia que aspira a moderar la dureza de sus categorías corre el riesgo de convertirse en una post sociología concentrada en la pura constatación de hechos, sin perspectiva de encontrar razones, motivos y explicaciones, precisamente porque el mundo ya no denota ni exige nada de ello. En otras palabras, el interrogante que permanece abierto es si su propósito se reduciría a la confirmación de la laxitud y la atomización de lo social, a la aceptación de una irreductible complejidad, sin intentar desentrañar ninguna de ellas (Raulet, 1998). Perdida su cientificidad, sólo le cabría ocuparse de pos-individuos, pos-sociedades, pos-racionalidades y pos-diferenciaciones, o lo que es lo mismo, de una nueva síntesis social, sólo que ahora establecida en torno a la yuxtaposición de códigos distintos capaces de dirigirse tanto a las masas como a los expertos.

Bibliografía

- o Alarcón, Luis (2001). «Perspectivas de la sociología latinoamericana: retos y desafíos para el presente siglo (Excurso sobre la sociología de la alteridad)», en *Utopía y Praxis Latinoamericana*, Año 6, N° 14,
- o Beck, Ulrich (1998). *La sociedad del riesgo. Hacia una nueva modernidad*, Paidós Ibérica, Barcelona.
- o Berman, Marshall (1988). *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*, Siglo XXI Editores, México.
- o Berman, Marshall (2004). «Brindis por la modernidad», en *El debate modernidad-posmodernidad*, Nicolás Casullo (compilación y prólogo), Retórica Ediciones, Buenos Aires.
- o Bottomore, Tom (1982). «Prefacio», en *La miseria de la sociología*, Tom Bottomore, Editorial Tecnos, Madrid.
- o Brunner, José Joaquín (2005). «Sobre el crepúsculo de la sociología y el comienzo de otras narrativas», en <http://www.lablaa.org/blaavirtual/letra-r/revistaest/revista10.htm> 12-08-2005
- o Calderón, Fernando y Norbert Lechner (1998). «Modernización y gobernabilidad democrática», en *Más allá del Estado, más allá del mercado: la democracia*, Plural Editores/CID, La Paz, Bolivia.
- o Casullo, Nicolás (2004). «Modernidad, biografía del ensueño y la crisis (introducción a un tema)», en *El debate modernidad-posmodernidad*, op. cit.
- o Chernilo, Daniel (2004). «El Rol de la "Sociedad" como Ideal Regulatorio Hacia una reconstrucción del concepto de sociedad moderna», *Cinta de Moebio*, Revista de Epistemología de Ciencias Sociales N° 21, septiembre, <http://www.moebio.uchile.cl/21/chernilo.htm>
- o Chernilo, Daniel (2008). «Universalismo: reflexiones sobre los fundamentos filosóficos de la sociología», en *Revista de Sociología*, N° 22, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile, Santiago.
- o Cohen, Daniel (2007). *Tres lecciones sobre la sociedad postindustrial*, Katz Editores, Buenos Aires.
- o Dubet, Françoise (1996). «¿Ocaso de la idea de sociedad?», en *Revista de Sociología* N° 10, Departamento de Sociología, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile, Santiago.
- o Fehér, Ferenc (1989). «La condición de la posmodernidad», en *Políticas de la posmodernidad. Ensayos de crítica cultural*, Heller, A. y Fehér, F., Ediciones Península, Barcelona.
- o Ferrarotti, Franco (1982). «Comentarios introductorios sobre el tema: ¿está en crisis la sociología?», en *La miseria de la sociología*, Tom Bottomore, op. cit.

- o Ferreira, Miguel (2007). «Un nuevo concepto para la comprensión de la acción social: la transductividad creativa de las prácticas cotidianas», en *Intersticios*, Revista Sociológica de Pensamiento Crítico, volumen 1 (1), <http://www.intersticios.es/article/viewFile/611/542>
- o Friedrichs, Robert (1977). *Sociología de la sociología*, Amorrortu Editores, Buenos Aires.
- o García Selgas, Fernando (1996). «La teoría social en la posmodernidad: ciencia y feminismo», en *Complejidad y teoría social*, Alfonso Pérez-Agote Poveda e Ignacio Sánchez de la Yncera, Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS), Madrid.
- o Garretón, Manuel (1996). «¿Crisis de la idea de sociedad? Las implicancias para la teoría sociológica en América Latina», en *Revista de Sociología* N° 10, Departamento de Sociología, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile, Santiago.
- o Garretón, Manuel (2004). «¿En qué sociedad vivi(re)mos? Tipos societales y desarrollo en el cambio de siglo», *Estudios Sociales* N° 14, Universidad Nacional de Rosario.
- o Giddens, Anthony (1994). *Consecuencias de la modernidad*, Alianza Editorial, Madrid.
- o Giddens, Anthony (1995). *Modernidad e identidad del yo. El yo y la sociedad en la época contemporánea*, Ediciones Península, Barcelona.
- o Giddens, Anthony (2000). *En defensa de la sociología*, Alianza Editorial, Madrid.
- o Gouldner, Alvin (2000). *La crisis de la sociología occidental*, Amorrortu Editores, Buenos Aires.
- o Habermas, Jürgen (2004). «Modernidad: un proyecto incompleto», en *El debate modernidad-posmodernidad*, op. cit.
- o Habermas, Jürgen (2008). *El discurso filosófico de la modernidad*, Katz Editores, Buenos Aires-Madrid.
- o Ianni, Octavio (1996). *Teorías de la globalización*, Ediciones Siglo XXI, México.
- o Ianni, Octavio (2005). *La sociología y el mundo moderno*, Ediciones Siglo XXI Editores, México.
- o Jameson, Fredric (2004). *Una modernidad singular. Ensayo sobre la ontología del presente*, Gedisa Editorial, Barcelona.
- o Merton, Robert (1992). *Teoría y estructura sociales*, Fondo de Cultura Económica, México.
- o Ortiz, Renato (2005). «Religión y globalización», en *Mundialización: saberes y creencias*, Gedisa Editorial, Barcelona.
- o Parsons, Talcott (1967). «La posición actual y las perspectivas de la teoría sistemática en sociología», en *Ensayos de teoría sociológica*, Editorial Paidós, Buenos Aires.
- o Pereyra, Diego (1999). «Comentario al libro *Sociología, sociedad y política en Augusto Comte* de M. A. Forte», <http://www.catedras.fsoc.uba.ar/forte/articulos/comte.pdf>
- o Pérez-Agote Poveda, Alfonso (1996). «La sociedad se difumina, el individuo se disgrega. Sobre la necesidad de historizar nuestras categorías», en *Complejidad y Teoría Social*, A.

Pérez-Agote Poveda e Ignacio Sánchez de la Yncera, Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS), Madrid.

- o Picó, Josep (1998). «Introducción», en *Modernidad y Posmodernidad*, Josep Picó (compilador), Alianza Editorial, Madrid.
- o Prigogine, Ilya (1995). «¿Qué es lo que no sabemos?», <http://serbal.pntic.mec.es/AparteRei/>
- o Raulet, Gérard (1998). «La posmodernidad, ¿futuro o eterno presente? De la modernidad como calle de dirección única a la posmodernidad como callejón sin salida», en *Modernidad y Posmodernidad*, op. cit.
- o Touraine, Alain (1969). *La sociedad post-industrial*, Ediciones Ariel, Barcelona.
- o Touraine, Alain (1986). «Más allá de la sociedad industrial. Diálogo con Robert Lattes», en *Preguntas a la sociedad actual*, op. cit.
- o Touraine, Alain (1993). *Crítica de la modernidad*, Ediciones Temas de Hoy, Madrid.
- o Wallerstein, Immanuel (1988). *El capitalismo histórico*, Siglo XXI Editores, Madrid.
- o Wallerstein, Immanuel (2001). *Conocer el mundo, saber el mundo: el fin de lo aprendido, Una ciencia social para el siglo XXI*, Siglo XXI Editores y Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades, UNAM, México.
- o Wallerstein, Immanuel (2004). *Las incertidumbres del saber*, Gedisa Editorial, Barcelona.
- o Weber, Max (1982). «La “objetividad” cognoscitiva de la ciencia social y de la política social», en *Ensayos de Metodología sociológica*, Amorrortu Editores, Buenos Aires.
- o Weber, Max (1998). «La ciencia como vocación», en *El político y el científico*, Alianza Editorial, Madrid.
- o Wright Mills, Charles (1986a). «Cultura y política», en *Materiales de Sociología Crítica*, Alvarez-Uría, Fernando y Julia Varela (edición y presentación), Ediciones de La Piqueta, Madrid.
- o Wright Mills, Charles (1986b). *La imaginación sociológica*, Fondo de Cultura Económica, México.